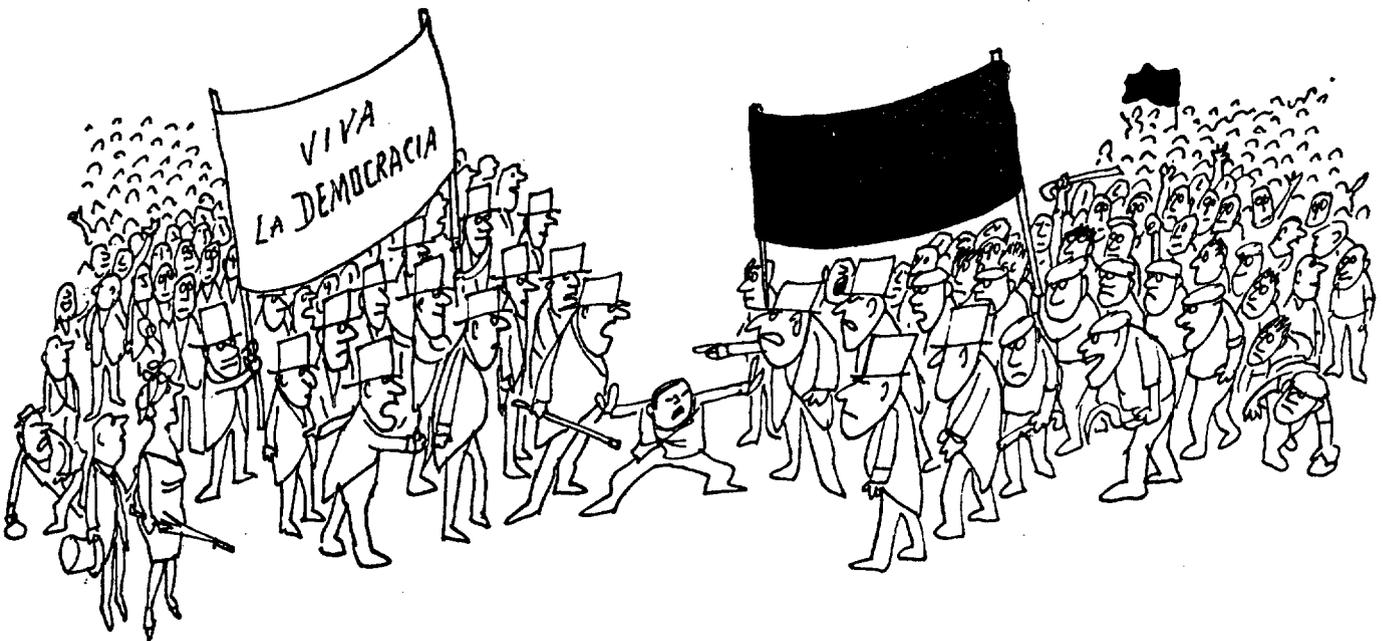


ESTUDIOS POLITICO - SOCIALES

— Africa en 1985.



CESEDEN

AFRICA EN 1985

(Por Paul-Marc HENRY)

(Traducido de STRATEGIE Revue nº 7)



Agosto-Septiembre 1966

BOLETIN DE INFORMACION Nº 8 - VI

En 1965, los dirigentes africanos están bajo la influencia directa del gran cambio sobrevenido en los convenios de fuerza intercontinentales, cambio que ha debilitado radicalmente a las naciones europeas, incluso a las más poderosas. El continente africano se ha encontrado liberado casi de repente en 1960, más por falta que como resultado de un verdadero choque de fuerzas. De hecho, con la excepción (por otra parte discutible) de Argelia, la independencia de las naciones africanas ha sido otorgada y no conquistada. Las naciones del Magreb y de Egipto miran su reencontrada independencia como una reparación histórica y como la reanudación de una historia secular cuya continuidad ha sido momentáneamente interrumpida por la intrusión europea. Las naciones africanas al sur del Sahara pretenden poseer un contenido histórico real, argumentando unas razones geográficas y tribales a menudo inciertas.

En la realidad cotidiana del ejercicio del poder, estas "bases" históricas no tienen más que una importancia limitada. Las afiliaciones lingüísticas, -probablemente la herencia más perdurable de la era europea- y todo lo que ellas significan en el fenómeno de la civilización como tendencia universal, constituyen una ligazón mucho más fuerte que los parentescos etno-históricos reales o pretendidos.

Los recientes debates de la Organización de la Unidad Africana han confirmado igualmente bajo el punto de vista de la seguridad, la no admisión del tribalismo, como base de la estructura nacional. Las reivindicaciones de los grupos minoritarios o separados por fronteras trazadas por los europeos, si son llevadas hasta sus últimas consecuencias lógicas ponen en peligro no solo la legitimidad sino - hasta la existencia misma de numerosos estados y gobiernos africanos. Ghana, por ejemplo, insiste sobre una forma unitaria de gobierno. Nigeria no presenta ninguna reivindicación sobre el Níger y el Chad para la reunificación de ciertos grupos haoussas o peuhls. Aun hoy día, ella se esfuerza desesperadamente en mantener un semblante de unidad federal a pesar de las profundas divisiones raciales, religiosas y lingüísticas que la desgarran de Norte a Sur y de Este a Oeste. El Chad y el Sudán (Kartum) situados a caballo entre el mundo islámico y el mundo bantú, - tratan de salvaguardar su frágil unidad.

Esto explica la paradójica postura adoptada por un país como Ghana que, después de haber insistido sobre una herencia histórica que probablemente no era suya, se opone sistemáticamente en las reuniones internacionales a toda tentativa de organizar sobre un plano científico objetivo, la colecta de documentos tradicionales.

¿Quiere esto decir que los veinte próximos años aportarán la consolidación definitiva de las unidades políticas que existen actualmente como consecuen-

cia del arreglo Europa-Africa de 1960-1965? ¿ Sus fundamentos políticos, étnicos, religiosos y económicos, podrán resistir a una nueva entrada, directa o indirecta de Africa, en los conflictos intercontinentales? ¿ La independencia misma de todo el continente - fenómeno nuevo en la historia universal - podría sobrevivir?

Para responder a esta cuestión, vital para el futuro de Europa así como para la paz mundial, es preciso considerar los fenómenos sociales y económicos que condicionan la estructura de estas nuevas unidades, sin perder de vista su pertenencia al sistema de las Naciones Unidas a escala mundial; pues, su destino será a la vez un factor y una consecuencia de la evolución de los convenios de fuerza mundiales.

1. La evolución demográfica

A pesar de las predicciones pesimistas, la revolución sanitaria que se ha producido en Africa como en otras partes del mundo parece duradera. Incluso a lo largo de circunstancias desastrosas, como aquellas que han prevalecido recientemente en el Congo Oriental y en el Sur del Sudán, no parece que las grandes epidemias hayan encontrado su antiguo vigor. Ciertamente, existen focos que deben ser controlados de una u otra manera. La ciencia médica moderna y las organizaciones internacionales están en trance de hacerlo. A menos que se produjera un estado de guerra prolongado y que trastornara todas las comunicaciones internas, la seguridad sanitaria de la inmensa mayoría de la población africana quedará asegurada, lo que significa que el continente africano podrá alcanzar una población de más de 300 millones de habitantes, a lo largo de los próximos veinte años. Esto significa igualmente que más del 60 % de esta población tendrá menos de 20 años de edad.

Antes de medir las consecuencias de este estado de cosas (que ya ha sido alcanzado en otras partes del mundo, como el sudeste de Asia y América Central). Es preciso tener en cuenta la evolución de la base física de esta población; es decir, los recursos naturales fundamentales tales como el suelo y el agua. Respecto a eso, hay motivos para ser menos optimistas. Los recursos naturales de Africa o bien, son, muy limitados, o están mal repartidos. La técnica moderna está en condiciones de mejorar el conocimiento de estos recursos y de utilizarlos. Pero es preciso consagrar todavía a fondo perdido importantes recursos técnicos y financieros que Africa no puede proveer a menos que su posición relativa frente a los mercados internacionales en el aspecto agrícola y minero mejore de un modo notable. Es probable por consecuencia, que los pueblos en vías de crecimiento demográfico no encontrando sobre el suelo que ellos ocupan habitualmente ni el rendimiento ni los empleos que les son necesarios, se desplazarán hacia los centros urbanos cuyo equilibrio social y económico será, allí donde no lo es ya, motivo de graves preocupaciones. Los gobiernos africanos, así como aquellos que, con un título u otro, consideran a Africa como un elemento esencial de equilibrio intercontinental, no pueden ig

norar este fenómeno urgente de un "desequilibrio creciente entre los centros urbanos superpoblados y las zonas rurales abandonadas".

Respecto a esto, es preciso admitir que los técnicos europeos, asiáticos y americanos, son impotentes hasta ahora ante el reto de la pobreza africana. Es cierto que han sido arrancadas zonas de producción eficientes a la maleza, al bosque o al desierto gracias a costosas inversiones. Ciertamente, los técnicos han probado que en óptimas condiciones de técnica y finanzas, era posible obtener de una tierra inicialmente hostil; productos vendibles en el mercado internacional. Es cierto que en cuanto al cacahuete, el aceite de palma, el café e incluso el té, sin olvidar las plantaciones de caucho, se ha demostrado que Africa podría tener su rango en la competición mundial. ¿ Pero a qué precio?. Ha habido que establecer sistemas preferentes que gravados al consumidor, dan la ilusión de mercados aunque siempre amenazados, siempre discutidos, y que abandonados a ellos mismos en una concurrencia absoluta, probablemente desaparecerían. La producción alimenticia, en su conjunto, está estancada. Africa no se alimenta por sí misma. Vive de subsidios. La proporción de ingresos en divisas que se destina a la compra de estos productos aumenta cada año.

Esta dependencia creciente está naturalmente ligada a la urbanización de las masas y a la rápida eliminación de la "economía de subsistencia" en provecho de la "economía monetaria" dirigida por los estimulantes clásicos. Todo ocurre como si el consumidor africano, retirado de su medio natural, de donde ha sido arrancado por la fuerza de las presiones económicas y del sub-empleo, franquease un precipicio, aquel que separa un sistema económico y social de orientación occidental del sistema tradicional basado en la subsistencia dentro del medio natural.

2. A nivel de las decisiones gubernamentales, este cambio plantea problemas más graves, ya que éste "personal desplazado" llegado del medio rural para participar, aunque miserablemente, de los beneficios de la sociedad moderna, no está solo y no busca una subsistencia individual. Junto a ellos están familias enteras que quieren beneficiarse de un sistema tecnológico-económico que no pueden ni dirigir, ni controlar, ni siquiera comprender.

El pagar un salario decente a los individuos cualificados, en el marco habitual de una política de africanización sistemática, contribuye a aumentar esta distancia, ya que en un último análisis el técnico africano se liga, más o menos conscientemente, a un sistema a escala mundial, cuyas coordenadas no tienen nada que ver con los países pobres, sino más bien con los países desarrollados. Para reintegrar estos elementos en un sistema nacional donde la pobreza sería un elemento determinante, es preciso que el técnico o el experto nacional formado en el extranjero sacrifique toda ventaja material, o bien que el gobierno se sitúe deliberadamente en las condiciones del mercado, lo que, finalmente, le llevaría a la ruina financiera.

Es decir, que, a menudo, el consejero extranjero, dispuesto, por razones políticas o financieras, a atacar los problemas claves de la supervivencia del país donde trabaja, está normalmente cerca de los verdaderos datos que su colega indígena, que corrientemente no ambiciona más que volver la espalda al pasado y a lo que de él subsiste para orientarse hacia el futuro, un futuro que no puede ser el suyo más que el precio de un esfuerzo verdaderamente nacional en que no es perca participar.

Por otra parte, el extranjero siempre es extranjero. Su presencia - constituye el símbolo de una inferioridad o de una dependencia que es psicológica tanto como económica. Esto no tiene lugar más que en lo relativo al orgullo y a la responsabilidad de que las naciones africanas, igual que las otras pueden construirse progresivamente y prepararse a sufrir las pruebas que la competición internacional no cesará de imponerles.

Los próximos decenios permitirán saber si las élites africanas sabrán - consagrarse a su propio avance dentro del marco de una sociedad internacional -- ciertamente en curso de realización pero que aún no constituye un factor político decisivo -, más que a la difícil ~~labor~~ tarea de reintegrarse en su medio de origen y a su servicio. Las naciones africanas corren el riesgo evidente de seguir el destino de Haití, del Líbano o del Irán, es decir, una diáspora de sus élites a escala mundial, mientras que la patria queda sometida a la humillación de la dominación extranjera técnica y económica.

A este peligro de enajenación se añade el problema específico de la raza negra, que sufre la carga aplastante de siglos de desigualdad (cuya expresión todavía viviente se encuentra en las teorías segregacionistas sostenidas por los blancos de la nación africana más poderosa y más avanzada del continente: la Unión Sud-africana). Los problemas de una independencia perdurable de las naciones negras son al menos tanto psicológicas como económicas. La nueva generación puede decidir el destino de toda Africa según que responda a este reto con la huida o con la responsabilidad.

3. Los estados africanos son, por lo tanto particularmente, vulnerables tanto a través de sus élites situadas en los escalones más elevados de una sociedad en plena evolución como a través de sus masas ciudadanas que exigen abierta o secretamente aquello que el sistema no puede darles, es decir: seguridad social, educación y esperanza económica.

Sobre el plan de la acción revolucionaria dirigida hacia las generaciones nuevas, el destino de estas últimas reviste una importancia decisiva. Las generaciones actualmente en el poder no poseen sobre este asunto más que posiciones tácticas, simple racionalización de una actitud hecha de prudencia cotidiana y de oportunismo. Una previsión realista de los inevitables cambios se confunde a

menudo ante sus ojos por espíritu de subversión.

¿ Como podría ser de otro modo? . Bajo el aspecto más inmediato, aquel de una situación financiera siempre desacomodada si no francamente catástrofica, los gobiernos africanos, a lo largo del año 1965, han tenido que hacer frente a tareas inmediatas que no les dejaron ningún tiempo para preparar el porvenir. Los países que siguen una política monetaria de tipo clásico, beneficiándose más o menos del apoyo de las grandes potencias, precisan seguir los caminos de la deflación y de una austeridad controlada por las instituciones internacionales. En aquellos que han escogido la vía más audaz de la autonomía monetaria en la disciplina de una planificación integral, la austeridad está igualmente a la orden del día por razones diferentes, pero con los mismos resultados. Esto está agravado por el desorden que no puede faltar como resultado de la coexistencia, en una zona geográfica común - donde las fronteras políticas no son fronteras naturales - de regimenes diferentes donde los hombres y los productos responden a las leyes permanentes de la rentabilidad máxima.

La juventud africana competente, formada en la mejor escuela occidental (y también en la soviética) se encuentra así cargada de responsabilidades abrumadoras con plena conciencia de la magnitud de la tarea a desempeñar pero también de la incapacidad fundamental en que se encuentra su propio sistema para responder a ella. Todos están empeñados en la búsqueda de una formula que asegure la combinación más eficaz de los esfuerzos nacionales y de una ayuda internacional desinteresada.

Se puede esperar ciertamente que los esfuerzos cada vez mayores - del Africa contemporanea para la formación acelerada de sus élites, aún creando un problema de transición extremadamente delicado, no dejarán de producir a la larga efectos estabilizadores. Es preciso, sin embargo, que su dinamismo y sus legítimas esperanzas no sean confiscadas y disciplinadas por un sistema en donde Africa, una vez más, estaría llamada a jugar el papel de satélite. Suministrador de materias primas y apoyo logístico a un sistema de bases militares, de tipo insurreccional, convencional o también atómico.

En otras palabras, el problema de la integración de las elites juvenes en el sistema nacional africano predominará durante los próximos años al menos - tanto como el de las masas rurales. Un contratiempo en este terreno destruiría todos los posibles resultados en los otros. Un resultado, incluso frágil, temporal o artificial (es decir conseguido por un sistema de subvenciones directas o indirectas) dará quizás el plazo necesario para una adaptación de métodos de ayuda financiera y técnica que, hasta ahora tenían la experiencia de que el tiempo era su aliado y no su enemigo.

4. A falta de este plazo y a falta de esta adaptación, es preciso aceptar como posible si no probable, la eventualidad de una reorientación de las corrientes inte -

lectuales y económicas de la nueva Africa que, sin llegar hasta la hostilidad abierta contra Occidente o a la Rusia soviética, tornarán sus acercamientos cada vez - más ineficaces. Las armas y los instrumentos del prestigio occidental son la riqueza financiera y la capacidad técnica. Si la primera se rehusa, la segunda no puede actuar. Aunque sea poco probable que la China disponga, en cualquier grado a lo largo de los próximos veinte años, de un excedente financiero comparable al de Occidente, es posible que la técnica China en los dominios clásicos de los transportes terrestres y marítimos, de la extracción minera y del desarrollo de la producción alimenticia, se introduzca de manera decisiva en la evolución africana dentro del - marco de los tratados comerciales y alianzas económicas que no están más que esbozados en los acuerdos existentes.

Ocurra lo que ocurra, Africa no puede ni quiere sentarse entre dos sillas y recaer en un aislamiento comercial y técnico que significaría un retorno a la economía primitiva que su misma población le prohíbe aceptar.

II

5. La existencia de las naciones africanas como unidades políticas y como centros de decisión económica ha tenido profundas consecuencias, muy sub-estimadas por - las potencias europeas. Ciertamente, Francia y Gran Bretaña se han esforzado en minimizar el efecto negativo de una "balcanización" acelerada del continente africano, surgida como consecuencia de las tentativas de establecimiento de grandes - conjuntos dentro del marco de la Commonwealth, de la Unión Francesa y, después, de la Comunidad. La defensa y la moneda, así como las preferencias comerciales, han sido los instrumentos esenciales de esta reconversión. Por otra parte, los jefes de estado que han heredado las estructuras de tipo colonial han aplicado todo su talento en disimular el antiguo edificio en el que se encuentran practicamente como amos sin llegar a las manos y, lo más a menudo, con el beneplácito y la ayuda de las ex-soberanías europeas, para hacer el plan de un trabajo de construcción nacional literalmente sin precedentes.

No solamente han sido cambiadas las estructuras políticas, no solamente los grandes espacios han sido compartimentados, sino que aun se ha pedido a los estados sucesores, o esperado de ellos, que se lancen a un esfuerzo de planificación y organización, pues la antigua administración colonial se había mostrado incapaz de ello. De la noche a la mañana las potencias occidentales, coloniales o no, se han erigido en jueces, y en críticos muy severos, de los jovenes estados a quienes no conceden subsidios, pero de los que esperan milagros. Qué más patético que la llamada de Sir Tefik Balawa, primer ministro de una Nigeria de 40 millones de habitantes -cuyo primer plan de cinco años, establecido por extranjeros preveía una ayuda internacional exactamente igual a la capacidad de ahorro proyectada del país - que se apercibe un año después de la independencia, de que esta ayuda hipotética no se materializa más que lentamente y sin verdadera garantía para el futuro

mientras que el ahorro nacional queda muy por debajo de los niveles previstos, y - que en últimos análisis el país vive más que pobremente, más allá de sus posibi lidades.

Nigeria constituye un ejemplo clásico. A una escala ya considera - ble pero todavía por debajo de la verdadera escala africana, el país resume los pro blemas de coexistencia política y de organización económica a los que deben hacer frente los pequeños y grandes estados de este ingrato continente. Allí la educación política está relativamente en marcha. Las unidades de gobierno están democratiza - das aunque algunas veces el marco feudal enmascara todavía la evolución. Y sin embargo, el espíritu europeo tiene todavía la tendencia a atribuir los fracasos, que a tal escala y en tales empresas son inevitables, a faltas intrínsecas de caracter.

En el extremo opuesto, las prematuras reformas monetarias, llevadas a cabo por Guinea y después por Mali, son consideradas, por los mismos imperturba - bles analistas bajo el punto de vista de la técnica pura. Los motivos de estos actos de emancipación son denigrados y atribuidos en gran parte a la ignorancia o a la - ingerencia extranjera. Sus resultados, demasiado evidentes, son utilizados como - confirmación del buen fundamento de la posición europea inicial, según la cual no puede haber salvación fuera de las zonas monetarias cuyos imperativos económicos y políticos están contratados por París, Londres o Washington. Un examen más be - névolo de la situación habría podido llevar a los dirigentes europeos a comprender que el proceso seguía cierta lógica. Si se tratase de una confrontación absoluta - de las fuerzas presentes, está claro que Sekou Touré o Mobido Keita no habrían - aceptado su derrota más que después de haber intentado todas las alianzas o salidas posibles. Admitiendo la búsqueda pragmática de un nuevo equilibrio y de un nue - vo acuerdo de fuerza (o de impotencia relativa) en un mundo dominado finalmente por fuerzas mucho mayores, a escala cósmica, los acuerdos se hacen posibles y los acercamientos deseables. Un nuevo orden puede resultar finalmente de la compren - sión recíproca y simultánea de los protagonistas en el marco de un sistema mundial que ellos no controlan, y del que no quieren ser las víctimas.

6. Los dirigentes extremistas africanos están colocados en una posición excepcio - nal, ya que su debilidad misma invita al chantaje y a la competencia política de - las grandes potencias, y tienen la oportunidad de comparar "de visu" e "in situ" las técnicas del Este y del Oeste en su competencia y sus motivos. Su juego no - puede ser indiferente. Han aceptado el diálogo con todos. De su elección y a - partir de esta elección, las grandes potencias tienen la tendencia a extraer conclu - siones ya sean desilusionados, o por el contrario estimulantes. Si, por otra parte, es cierto que el orden político y económico a escala internacional queda dominado por la polarización mundo atlántico - mundo soviético (cualquiera que sean las - modalidades locales) y que el auge chino llega nada menos que a reconsiderar esta bipolaridad, se debe admitir que la apuesta que se juega en Africa es inmensa. La

demanda de los izquierdistas del tipo de Toure en el mundo tan nuevo de la neo-revolución, merece una atención permanente e incluso, si es posible, con simpatía. - A falta de ello, Europa y el Occidente entero, renunciarán por derrotismo, a descubrir los grandes trazos del mundo que se hace.

No existen en todo caso escalas objetivas que permitan medir las elecciones y todavía menos orientarlas. Los presupuestos nacionales pierden progresivamente toda significación por la inflación, el déficit o el mercado negro. Los dirigentes tienen que hacer su elección ante perspectivas vertiginosas a una escala, casi inconcebible para ellos, de cientos de millones de dólares. La amplitud misma de estas cifras tiene una virtud revolucionaria.

Así, toda tentativa de racionalizar estos macro-bloqueos reviste inevitablemente un carácter político. Decir que los rusos, y todavía más los chinos, no están en condiciones de mantener sus promesas, es un sospechoso argumento presentado por el otro campo. Recíprocamente, tratar del carácter inevitablemente pro-capitalista de la ayuda occidental pública o privada, o en todo caso políticamente interesada, es hacerse eco de un slogan más que de un razonamiento.

En tales condiciones, mantener una mente fría tiene algo de milagroso. La ayuda extranjera por su misma existencia se hace sospechosa. Los consejos de los expertos sobre un plan puramente técnico se interpretan en función de criterios políticos. Los jóvenes técnicos africanos recientemente formados, que se encuentran colocados en el escalón de las responsabilidades y de las elecciones, se cansan del cinismo de los extranjeros. Intentan refugiarse en la familiaridad de las antiguas alianzas, establecidas por afinidades culturales y lingüísticas, y quieren escapar de un mundo de hierro al cual saben bien que ni sus compatriotas ni sus países pueden hacer frente.

Se tiene, pues, la paradoja de un personal tecnocrático, cada vez más sofisticado pero también desengañado, que utiliza el vocabulario del optimismo económico pero lleva en el corazón el cinismo de la decepción y la ansiedad del miedo.

III

7. Las naciones africanas tienen una aguda conciencia de su debilidad. La aspiración hacia una unidad continental y la realización de una personalidad africana procede mucho más de un reflejo de defensa que de una voluntad constructiva de unificación.

Las tesis del presidente Nkrumah sobre el carácter indispensable de la unidad y de la integración africana frente a los peligros exteriores siempre renovados, son tenidas generalmente por verdaderas. Ninguna nación africana, sin embar-

go, acepta las consecuencias que N' Krumah quería extraer, a saber, la creación de un ejecutivo panafricano que coordinase las negociaciones emprendidas por el continente, en su conjunto, con el resto del mundo en materia de defensa (o de neutralidad), del bloqueo y de la filosofía política. El mismo N' Krumah es sospechoso. Sus relaciones de vecindad con los países de lengua francesa son francamente malas. El no ha podido, hasta ahora, conciliar a la mayor nación africana de habla inglesa, Nigeria. Su provincialismo ghaniano le ha prohibido toda influencia profunda sobre el este africano. Sus bazas en los países de habla francesa: Sekou Touré en Guinea y Lumumba en el Congo, se han perdido. Por otra parte, los países del norte de Africa no han aceptado nunca todas las consecuencias de una política a escala continental. Sus relaciones en el marco del mundo árabe, como sus ligaduras económicas con Europa occidental les orientan hacia una negociación separada de carácter pragmático. Por otra parte, N' Krumah hubo de reconocer, en la sesión de apertura de la Conferencia de la Organización de la Unidad africana, en el escalón de los jefes de estado, celebrado a finales de octubre de 1965, que "Africa es un continente que permanece pobre, desunido y retrasado".

Esto no significa, de ninguna manera que los responsables políticos de los estados africanos no reconozcan los peligros que nacen de su desunión y de su retraso económico. Por el contrario, es porque miden diariamente este peligro, por lo que tratan desesperadamente de no dejarse arrastrar a una prueba de fuerza a escala mundial, y por lo que se apartan de un sistema continental vulnerable a todas las tentaciones del chantaje político. El ejemplo de N' Krumah y de Sekou Touré les sirve de advertencia y no de inspiración.

8. Ciertamente, queda un forum internacional donde Africa puede jugar en apariencia un papel decisivo por el peso de sus votos: las Naciones Unidas. Hasta el momento, el peso de este voto africano no ha tenido efectos decisivos más que para aquello que concierne al Africa misma en la medida en que los problemas africanos llegan hasta su nivel. Las colonias portuguesas, la cuestión de Rodesia, el porvenir del Sudoeste africano y finalmente el destino de la Unión Sud-africana - estarán inevitablemente afectados por los debates de Nueva York. Paradójicamente, estos problemas africanos cesan de ser africanos y se convierten en problemas mundiales.

En el solo caso en que el voto del bloque africano puede modificar una situación no africana: el de la admisión de los representantes de la China comunista y la eliminación de la China nacionalista, las voces africanas permanecen divididas. Lo mismo en el caso en que los países africanos actuando separadamente - han cesado de reconocer a Formosa para aceptar a los enviados de Pekín, lo han hecho sin entusiasmo y tomando todas las precauciones posibles para que su gesto no sea considerado como una elección dictada por preferencias ideológicas, sino más bien como un acto de realismo político.

9. Se multiplican los síntomas de una desconfianza instintiva hacia un neo-imperialismo tipo chino que sería más peligroso todavía que el neo-colonialismo de que tanto se ha acusado a las metrópolis cuando ya parecen estar resignadas a la independencia. El espectáculo del divorcio entre Moscú y Pekín, así como su propaganda rival a fin de asegurarse la simpatía de los nuevos estados, no hace más que acrecentar este sentimiento.

Hay lugar a un cierto optimismo al considerar la sabiduría política de los países africanos que han rehusado jugar el papel que les habían asignado los teóricos del marxismo soviético como proletariado urbano o rural; y mucho menos todavía el asignado por los teóricos chinos como masa rural indiferenciada que proveería una base inmensa e inagotable para un esfuerzo de guerrilla a escala mundial.

Este optimismo está reforzado en el espíritu de los dirigentes occidentales por aquello que parece ser pasividad de las masas africanas. Las cuales demuestran una sorprendente docilidad respecto a sus amos actuales. Estos últimos han tenido buen cuidado de controlar todos los instrumentos de influencia política o de agitación social. Es el reino del partido único, que él inclina a derecha o a izquierda. Es también el de un antisindicalismo de hecho, marcado por una verdadera nacionalización de los sindicatos, mientras que aquellos habían jugado un papel decisivo en la lucha contra la dominación europea.

El vigor con que dirigentes como Kenyata o Banda han reaccionado contra las tentativas de subversión, prueba que estos zorros de la política africana han aprendido bien la lección de pragmatismo político a lo largo de sus disputas con la potencia tutora. Los chinos, todavía más que los soviéticos, han cometido un gran error de principio al subestimar la habilidad y la perspicacia de los jefes de estado africanos actualmente en el poder. Se puede pensar que ellos rectificarán este error, de la misma manera que han hecho suceder a la impetuosidad ciega del "salto adelante" en el campo económico, una política más paciente y menos espectacular cuyos resultados positivos se dejan ya sentir.

10. En efecto, el problema no es otro que el de saber si Europa conseguirá o no la transición entre la dominación y la independencia. Con la excepción del Congo y de Rodesia, esta transición ha sido en su conjunto un éxito político. La cuestión está en medir con realismo las probabilidades de consolidación de un equilibrio todavía inestable y también los peligros que lo amenazan. Lo quiera o no, África es una encrucijada a escala mundial. China, como Rusia y los países occidentales, establecen las hipótesis de evolución que guiarán su acción económica y estratégica en función de los conflictos que les presenten.

I V

Las hipótesis europeas

Conviene hablar de hipótesis en plural ya que Francia y la Gran Bretaña continúan, cada una en aquello que le concierne, proyectando para el futuro las enseñanzas que creen haber podido deducir del pasado y sus esperanzas en el propio sistema de filosofía política económica.

La política francesa es esencialmente personal a corto plazo y cultural a largo plazo. Respecto al plan personal, las relaciones de fidelidad, de respeto y también de afectos entre la mayoría de los jefes de estado de la "Entente" y el jefe del Estado, parecen representar la más sólida base de las relaciones entre Francia y el Africa de habla francesa. Está claro sin embargo que no se puede olvidar el carácter particular y esencialmente temporal de esta situación en la perspectiva de los próximos veinte años. En Africa como en Francia, el problema de la sucesión es grave. No sirve de nada ignorarlo. Es significativo que Africa no parezca ser consciente de este problema. Todo ocurre como si los jefes de estado en el poder no toleraran a ninguno de sus rivales o de sus posibles sucesores, exigiendo de sus colaboradores una docilidad sin reservas. Ningún relevo está preparado dentro del partido único. Las crecientes dificultades económicas y financieras que atraviesan todos estos países (con la excepción de la Costa del Marfil) se utilizan como argumento suplementario para reforzar el control político y policiaco, mientras que muchos jóvenes diplomados son empujados a una oposición tanto más solapada y peligrosa cuanto que ella no puede decir su nombre.

Está claro que el cambio inevitable de generaciones podría entrañar graves perturbaciones en el interior de los países en cuestión, incluso con las mejores intenciones del mundo, si los gobernantes actualmente en el poder no abren la válvula de seguridad en el dominio del desarrollo político y social, con la ayuda de la antigua metrópoli y de los países amigos.

A largo plazo, los lazos culturales se extinguen. El ejemplo de Guinea y del Magreb prueban esto, como ya lo había hecho Haití, y quizás, bajo un aspecto más particular, el Congo ex belga. Se puede admitir que, suceda lo que suceda en las estructuras internas de los estados de habla francesa, las corrientes intelectuales y quizás económicas con Francia sobrevivirán a la separación o a la retirada de sus amigos políticos de hoy. Esto no garantiza el que los estados de habla francesa permanezcan alineados junto a Occidente -en la medida en que el Occidente adoptara una política común respecto al reto que abiertamente le ha lanzado el neo-imperialismo chino en Africa, Asia y en América Latina - el ejemplo de la República del Congo-Brazzaville prueba esto.

12. La Gran Bretaña confía en el sistema intercontinental que representa la Common

wealth. Ella se ve como el centro nervioso de un vasto conjunto donde coexisten razas, religiones y sistemas políticos con la ayuda de una lengua común y dentro de un sistema económico y monetario del que ella asegura la cohesión. Dentro de este sistema, Gran Bretaña ha dejado que se acumulen contradicciones peligrosas, ya sea en el interior de las unidades políticas componentes ya sea entre ellas. Es cierto el hecho de que los jefes de estado de Australia, Nueva Zelanda y del Canadá forman parte de un club que reúne igualmente a intervalos regulares a los representantes de la India y del Pakistán, así como a los de Nigeria, Ghana, Kenya y — otros países del Caribe, de Africa y del Sudeste asiático. Este sistema no ha sabido, sin embargo, prevenir ni tratar los graves conflictos raciales que han surgido entre los miembros negros de la Commonwealth y los miembros africanos blancos tales como los Rodesianos (sin hablar de Africa del Sur), o de caracter político-religioso — como el que separa el Pakistán de la India. Los graves daños producidos al principio de la democracia política y de la independencia jurídica por los gobiernos autoritarios como el de M. N'Krumah han sido tolerados con objeto de mantener a todo precio la fachada de una colaboración internacional a escala mundial bajo la inspiración británica. Los principios fundamentales han sido tergiversados si no sacrificados. La postura hasta ahora liberal de la Gran Bretaña respecto a las cuestiones de color se ha dejado a un lado debido a los fenómenos del Caribe y del continente indio hacia Inglaterra así como por el penoso problema de la independencia rodesiana.

Los británicos piensan que su marca sobre los pueblos anteriormente sometidos a su autoridad en el Africa negra permanecerá indeleble. Esperan que el pragmatismo y la adaptación día a día permitirán a los estados africanos de habla inglesa dar progresivamente un contenido económico y social a su independencia política.

Todavía allí, un estado africano estratégicamente colocado en el Africa oriental, nacido de la unión de un protectorado y de un estado bajo tutela: Tanzania, aporta un elemento inquietante en estas perspectivas relativamente optimistas. La influencia china directa o indirecta, unida a unas condiciones económicas y sociales muy pobres, hacen cada vez menos importante el diálogo con Londres y menos decisiva la influencia británica.

La situación geográfica de Tanzania explica la importancia geopolítica desempeñada por esta parte de la costa de Africa oriental en la segunda mitad del siglo XIX. El control de Zanzibar ha significado siempre el control de los puertos africanos del Océano Indico y del interior mismo del continente, por su lado oriental. Por su frontera común con Mozambique, Tanzania representa además una base indispensable para la acción anti-portuguesa, también una etapa en el conflicto decisivo que enfrenta a los africanos con la dominación europea al Sur del Zambese.

13. Bélgica no se ha inspirado en consideraciones a escala mundial para la elabo-

ración de una política africana esencialmente económica. La razón de ser del Congo belga, a los ojos del concepto europeo, estaba en la neutralización de esta inmensa región del Africa central y en el establecimiento de una política de puerta abierta hacia sus potenciales riquezas. Los grandes competidores de la partición africana, Francia, Gran Bretaña y Alemania, han renunciado a toda ventaja que pusiera en peligro un equilibrio difícilmente adquirido. Esta fórmula ha rehusado proteger al Congo de las peripecias de la concurrencia internacional permitiendo a Bélgica transformar un inmenso potencial en riquezas efectivas. Esto ha contribuido a dar a Bélgica una idea falsa de su verdadera potencia y de la capacidad que tenía de defender su dominio africano en el curso de una crisis seria. Los acontecimientos de 1960 han destruido estas ilusiones. Han mostrado la fragilidad innata del equilibrio resultante del Acta del Congo. Nuevos protagonistas han aparecido en la región. A través de los debates de las Naciones Unidas y sobre el papel que ellas deberían desempeñar en un Congo amenazado de anarquía y de guerra civil, americanos y rusos se han enfrentado por encima de las naciones africanas, que no han sabido en ningún momento unirse para construir un orden nuevo. Bélgica ha podido reencontrar en un último análisis cierta tranquilidad moral en la evolución de una crisis que parecía que la volvía a comprometer en el destino de su antigua colonia. Ella piensa conformarse ahora con los lazos económicos mientras que Francia ve aumentar de repente las perspectivas de su acción cultural. Al amparo de esta situación queda la persistencia de la acción subversiva sobre la frontera oriental del Congo así como en el vecino reino de Burundi. Los belgas no están en condiciones, financiera ni militarmente, de arreglar esta cuestión y todavía menos de enfrentarse a sus verdaderas causas. La utilización de mercenarios por el Congo no es evidentemente más que un paliativo. Una segunda ola de acción terrorista haría muy aguda la cuestión del porvenir del Congo sobre un plan geo-político internacional que escaparía esta vez a las Naciones Unidas o a la antigua metrópoli.

14. Portugal es la última nación europea que rehusa aceptar la autenticidad de la reivindicación africana de la independencia. Los contratiempos y disgustos sufridos por Francia, Gran Bretaña y Bélgica en Africa y de una manera general los evidentes peligros representados por el avance del comunismo son para el gobierno de Salazar claras justificaciones políticas de su resistencia. Toda concesión al nacionalismo aparece ante Lisboa como marcada con el sello del suicidio. No se trata sólo de perpetuar el dominio de la raza blanca sobre la negra, sino más bien de fundirlas en una alianza a escala intercontinental. Esta política representa una relación nueva en el esfuerzo de coexistencia, indispensable a escala africana, entre las unidades marcadas por su herencia europea todavía más que por la herencia africana.

El hecho de que Angola y Mozambique tengan fronteras comunes al norte con los países negros militantes y al sur con los países que siguen el dogma de la supremacía europea, le da a la política de Lisboa una apariencia de rigidez. -

Portugal basa su táctica sobre la hipótesis de una incapacidad fundamental para organizar un ataque de frente contra Portugal en Africa y a través de él contra Africa del Sur. Bajo esta perspectiva, los países fronterizos, como Malawi, Zambia e incluso el Congo aceptaron finalmente una coexistencia pacífica de la cual obtienen beneficios. En la hipótesis de que Tanzania o el Congo Brazzaville se convirtieran en instrumentos puros y simples de un imperialismo efectivo, Lisboa no duda un instante de que el Occidente se organizaría en función de esta amenaza y que, por este mismo hecho, sus posiciones en Africa representarían para el Oeste otras tantas bases de operaciones indispensables. (Como las Azores lo son para los Estados Unidos y Francia). Mucho más que en Africa es en Europa misma donde Portugal es vulnerable. A pesar de los grandes progresos, la economía portuguesa permanece estancada, en particular en el sector agrícola, y no puede alimentar a una población cuyo número es superior al de los empleos indispensables. Es por otra parte hacia Europa donde ésta última se vuelca y no hacia Africa. Las cargas militares representadas por la defensa de las posiciones africanas son cada vez más pesadas. Los aliados Occidentales de Portugal no pueden dar públicamente señales de simpatía por su política en Africa, en tanto que el precario equilibrio haga que la mayoría de las naciones africanas se inclinen del lado de Occidente, y condenen al mismo tiempo la política de la última potencia europea que rehusa el gobierno autónomo de la mayoría africana en sus posesiones.

Es pues en Lisboa y no en Luanda o en Lorenzo Marqués donde se jugará la suerte de Angola y Mozambique. De las modalidades de la inevitable transición dependerá no solamente la supervivencia de la influencia portuguesa en Africa -varias veces centenaria- sino aun la protección de la Unión Sud-africana, que tiene un interés vital en no tener fronteras directas con los países africanos independientes.

15. La Unión Sud-africana ha quemado sus buques. No puede existir un compromiso entre el dominio blanco y la mayoría negra. Los asuntos de Argelia y del Congo, y ahora los de Rodesia y Kenya, parecen probar a los dirigentes africanos que la política europea y americana, la de París, Londres y Washington, está marcada con el sello del derrotismo. Diferente a Lisboa, Pretoria llega hasta rehusar absolutamente toda posibilidad de fusión de razas mientras que puedan coexistir en ambientes rígidamente separados. Más todavía que los descalabros africanos, ocasionados por la política occidental, es la confusión asiática, debida a los conflictos entre la India y el Paquistán y el peligro chino los que parecen confirmar al Dr. - Werwoerd y a su partido en la convicción de que en el conflicto a escala cósmica que se prepara, los países occidentales sabrán reconocer que la Unión Sud-africana es en el último extremo su más fiel aliado en el continente africano. Los dados ya se han arrojado. El destino de la dominación europea en Africa meridional se confunde, en el mejor de los casos como en el peor, con el de las bases europeas y americanas en esta parte del mundo. En todo caso, ni Londres ni Washington pueden permitir que las minas de oro y de diamantes más ricas del mundo se pongan bajo el control soviético o chino directa o indirectamente.

Es preciso añadir la poca estima en que tienen los Sudafricanos a la capacidad de organización de los africanos.

La diplomacia sud-africana ha visto con desagrado como se organiza progresivamente el boicot de la Unión por las potencias africanas miembros de las Naciones Unidas. Ella ha sentido los votos casi unánimes pronunciados por el Consejo de Seguridad y por la Asamblea General de las Naciones Unidas contra su política de segregación. Este ostracismo mundial provoca diversas reacciones entre la población blanca de la Unión. Los liberales anglosajones y africanos ven en ello una prueba aplastante de sus pesimistas predicciones sobre el aislamiento cada vez mayor en que se encuentra el país. Ha sido fácil hacerles observar que el boicot era una cosa molesta, pero nada más. Los Estados Unidos y los países europeos continúan un comercio provechoso para las dos partes. No es como China, que en vez de tratar a la Unión como un proscrito internacional, trata de aumentar sus intercambios con ella. En el aspecto militar, no es la Unión quien debe soportar los primeros ataques de los comandos de liberación organizado en Dar-es-Salaam o Leopoldville, sino más bien Portugal. Parece a todos que a menos de una intervención sistemática de una gran potencia exterior a Africa, que no pueden ser otras más que Rusia soviética o China, la potencia económica y militar de la Unión Sud-africana puede hacer frente simultáneamente a los peligros interiores y exteriores que la amenazan, en tanto que se mantenga el balón de oxígeno del comercio internacional.

V

Las hipótesis americanas

16. En los años de la postguerra, los medios bien informados de las universidades americanas hicieron presión sobre el Departamento de Estado para que los Estados Unidos adoptasen una postura clara y positiva en favor del nacionalismo africano. La victoria de estos últimos se les presenta como inevitable. Los errores cometidos por las potencias coloniales representan para ellos los datos inherentes a una situación de desigualdad política y de monopolio económico, moral y políticamente insostenibles. Toda prolongación de esta situación sólo podía contribuir al avance soviético, que, por un vasto movimiento envolvente, aislaría finalmente a Europa Occidental poniendo al servicio de la revolución mundial el rencor y la impaciencia de los colonizados.

Los acontecimientos de 1960 parece que han dado la razón a estos especialistas. Europa Occidental se ha retirado pacíficamente de Africa. Sin embargo, el papel efectivo de América en esta evolución -por un error de óptica explorable- ha sido muy exagerado. Por el contrario, se han subestimado la buena voluntad de las potencias europeas y sobre todo los factores económicos propios a estos

países, que los apartaban progresivamente de las acciones de ultramar para llevarlos hacia su propio desarrollo. En otros términos, la autenticidad de la revolución que se ha llevado a cabo en las relaciones entre Europa y Africa ha sido negada con frecuencia. Esto ha provocado una desconfianza recíproca y latente respecto a este importante asunto entre los europeos occidentales y los americanos.

Es preciso añadir que los medios militares americanos estaban lejos de compartir el optimismo de los políticos y de los universitarios en cuanto al carácter potencialmente benéfico de la independencia africana. Mirando el problema bajo un aspecto pragmático, la posición estratégica del continente africano era importante para ellos pero no hasta el punto de exigir un control directo de las bases existentes o potenciales. Una situación de compromiso por la cual las potencias europeas serían directamente responsables del control de las principales vías de comunicaciones y accesos les parecía satisfactoria. La ocupación directa no era necesaria.

El asunto del Congo ha hechado por tierra esta cómoda hipótesis. La potencia europea directamente responsable se ha eliminado ella misma por una acumulación de cálculos falsos y de incapacidad logística. La acción directa de las Naciones Unidas, cómodo biombo de una acción geo-política de concepción esencialmente americana, ha dado algunos resultados pero al precio de una casi dislocación de las Naciones Unidas, sin que sea seguro que la intervención soviética haya sido verdaderamente concebida y querida por Moscú en dicho momento y lugar.

Solamente en un caso, el de Suez, los Estados Unidos han estado de acuerdo con Rusia para condenar los últimos extremecimientos de una política de intervención franco-británica y que buscaba demasiado tarde y con medios insuficientes detener el avance de un pan-arabismo militante, aliado potencial, en esa época, de la Rusia soviética. En todos los demás casos han estado enfrentados. Bajo el aspecto económico, los Estados Unidos no han manifestado en ningún momento el espíritu de decisión que caracteriza su acción en el continente sudamericano. No ha habido Plan Marshall para Africa ni Alianza para el progreso. Por el contrario, la postura americana en el seno de la O.C.D.E. y de las Naciones Unidas, e incluso en la ayuda que ha acordado para las actividades de la Comunidad europea en Africa por mediación del Fondo Europeo de desarrollo tienen un denominador común, el de hacer pagar el precio del desarrollo africano a los europeos. Las escaramuzas de Guinea, Tunes, Nigeria y Ghana no pueden engañar a nadie. Ningún país africano ha llegado a la frontera del mundo libre en el sentido en que lo entiende Washington respecto al Viet Nam o a Santo Domingo.

En 1965, la política americana en Africa es dudosa. Está hecha de compromisos y marcada por una curiosa timidez. Esto es debido a que el continente no es todavía teatro de una confrontación directa entre los Estados Unidos y las potencias comunistas. ¿Es que la geo-política de la aviación y los misiles con carga atómica ha hecho inútil esta plataforma continental? America deriva en Africa.

Las hipótesis soviéticas

17. A diferencia de las potencias occidentales, Rusia ha podido, durante un cierto número de años, aplicar a la evolución africana un esquema teórico extraído de un apriorismo doctrinario que, en ningún momento, había sido sometido a la prueba de los hechos o de las responsabilidades.

En el marco de su acción pública, en las Naciones Unidas por ejemplo, Rusia ha podido sin ningún riesgo aportar su apoyo a todas las reivindicaciones extremistas. Durante los años de la postguerra, las potencias coloniales europeas se encontraron constantemente a la defensiva mientras que Rusia podía practicar sin límite el arte fácil de la demagogia internacional.

Mientras que las fuerzas del anti-imperialismo se alineaban junto al bloque soviético contra las potencias miembros del Pacto del Atlántico, el juego - parecía tan fácil que cabe el preguntarse si Rusia tenía, hablando propiamente, una política africana. Se le ha visto sostener alternativamente al Egipto de Nasser, a la Guinea de Sékou Touré, a la Ghana de N'Krumah y al Congo de Lumumba.

La revuelta argelina, en la medida en que debilitaba al bloque imperialista y hacía resaltar las contradicciones inherentes a la NATO, así como, en grado menor, los acontecimientos de Mozambique y Angola, representaban el tipo de situación en donde, con un gasto mínimo en ayuda militar y en apoyo político, era posible afianzar la política de Moscú por afinidad al ideal de una revolución mundial cada día más mítica.

Se pueden descubrir perfectamente los signos de improvisación en esta política, en último término más embrollada que sistemática, de los acuerdos comerciales y culturales, cuya realización ha sido abandonada al menos tan rápidamente como se había emprendido, las alineaciones no responden a las realidades de la política africana. Moscú está en todas partes y en ninguna.

Después del fracaso soviético en el Oriente próximo, esta improvisación africana y su fracaso no son sorprendentes.

La increíble debilidad, sobre el terreno, de la política soviética en el Congo, desafiada claramente por los Estados Unidos, prueba que no se había preparado una estrategia a escala mundial en la que África representara el papel de eslabón más débil de la cadena occidental ni se habían medido, siquiera con aproximación, sus consecuencias. Sin embargo, era concebible que, desde el punto de vista soviético, el establecimiento de regímenes francamente pro-soviéticos en pun

tos claves tales como El Cairo, Argel y Leopoldville, representaba un suplemento apreciable de fuerza y un margen importante de maniobra. A condición evidente - mente de que el objetivo de la geopolítica comunista fuese separar al Occidente - de sus bases de ultra-mar y retirarle el apoyo que puede obtener de la exportación de materias primas o del control de las corrientes comerciales y bancarias locales, -concepto bien prescrito bajo todos los puntos de vista.

En la opinión del continente africano, la política soviética por su carácter veleidoso e indeciso, recuerda la de la Alemania de Guillermo II. Se - comprende perfectamente que los lazos duraderos y vivaces que unen Africa con la Europa del Oeste representen un serio obstáculo para una soviétización del con - tinente. Por otra parte, Rusia no ha podido proponer alternativas serias, ya sean monetarias, comerciales o industriales.

Por razones que nacen probablemente del desorden económico que - reina en la U.R.S.S. y del desarreglo total del mecanismo de los precios interiores y exteriores, las condiciones de ayuda comercial, económica o técnica se han pre - sentado enseguida como onerosas para los países beneficiarios. Los bienes de equi - po exportados han mostrado un atraso técnico en comparación con los productos si - milares llegados de occidente. En el aspecto humano, los expertos soviéticos han demostrado, en su conjunto, poseer conocimientos técnicos satisfactorios pero rara - mente han establecido lazos psicológicos favorables.

Los estudiantes africanos que por millares se han formado en Rusia o en los países satélites han percibido enseguida las lagunas y las desigualdades - del desarrollo que constituyen los productos naturales del régimen. Han tendido a reconocer las fallas de un sistema que pretendía haber rebasado las contradicciones sociales y raciales. Han sido a menudo víctimas de una discriminación de hecho tanto más inesperada cuanto que el racismo -en los términos del análisis marxista- no puede existir más que como producto del desorden inherente a la economía del mercado.

A la hipótesis Khrouchtcheviana, basada en el desarrollo inevitable de las contradicciones capitalistas y en la parálisis progresiva de Europa Occidental en Africa y en el Oriente Próximo y de los Estados Unidos en América Central y - del Sur, parece haber sucedido una política pragmática de ayuda económica y cul - tural tan directamente ligada a las perspectivas de contactos políticos como los de Francia, Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania del Oeste. Esta política está basada en el sistema de puntos de apoyo; esencialmente la República Arabe Unida, Argelia, Guinea, Malí, Ghana y quizás Kenya, representan otros tantos simpati - zantes que no es preciso inquietar ni perder. Las armas de la diplomacia moderna son más importantes en este aspecto que las agitaciones más o menos prometidas a los sindicatos o a los partidos locales de tendencias comunistas. Es a los jefes de Estado en el poder a los que es preciso conciliar, mucho más que a las masas, con la idea de que un régimen preocupado de su propia supervivencia en Eurasia no

está en condiciones de garantizar la construcción de un mundo nuevo basado en un sistema de cambio justo. Aparte de la repetición de fórmulas clásicas sobre la posición de los países colonizados en comparación con los países coloniales; la U.R.S.S., no puede ofrecer más que una ayuda de tipo clásico. Se ha convertido en un país como los otros, que, quizás aún más que los otros, teme mucho la "radicalización" de las masas africanas que no puede hacerse ahora más que en provecho de la tercera superpotencia en preparación: la China comunista.

V I I

Las hipótesis chinas

18. Frente a las potencias establecidas y más o menos satisfechas (de las cuales forma parte, según ella, Rusia), China, se erige en elemento militante del revisionismo a escala mundial. Antes de la segunda guerra mundial, Inglaterra, Francia y Bélgica temían al revisionismo alemán e italiano. Después de la victoria de 1945, América y sus aliados europeos piensan que la provocación soviética debía ser frenada, ya sea en Africa, Asia o América Latina. En 1965 una sola nación tiene el valor de afirmar que ella no teme un conflicto a escala mundial utilizando armas atómicas y que ella desea un cambio total de las relaciones con el poder, donde las masas rurales sumergirían a los islotes de explotación capitalista o comunista desviacionista representada por los países de Occidente (comprendida Rusia)

Toda situación política o económica se analiza bajo la perspectiva de esta confrontación total. Se trata de preparar, siempre que sea posible, las bases de una acción subversiva que utilizará sistemáticamente todas las contradicciones - internas y externas de una situación dada, sin provocar por lo tanto una reacción adversa prematura, ya sea popular o gubernamental.

Una vez más, Africa se convierte en un instrumento de fuerza. Sus problemas no son nunca tratados por ellos mismos, sino de acuerdo con una tentativa gigantesca en el tiempo y en el espacio que consiste nada menos que en invertir las corrientes de la historia, una historia que ha contorneado la China imperial del siglo XVII y arrojado al imperio Central a la órbita exterior de un sistema de evolución del cual había creído durante largo tiempo ser el centro.

La fuerza de la política china reside en su "objetividad". Históricamente, China no ha tomado parte en la evolución africana sino por contactos comerciales probablemente episódicos a lo largo de los primeros siglos del segundo milenio.

No ha contraído ninguna responsabilidad en el genocidio de la esclavitud impuesta a la raza negra por los árabes y los europeos. Incluso ha sido víctima ella misma de una agresión europea tan brutal sobre el continente asiático como lo

fué sobre el continente americano y africano. Ha opuesto a las tentativas de penetración religiosa y filosófica una fuerza de resistencia inigualada. Ha arrojado por la disciplina y espíritu de sacrificio de sus masas, el imperialismo de otra nación - asiática, cliente y heredera tecnológica de occidente. Ha demostrado que el pueblo con las manos desnudas puede aplastar a los mercenarios del capitalismo y construir a partir de la tierra las bases mismas de la industria emancipadora.

Su mensaje es el del esfuerzo, el sacrificio y la revolución permanente. La esperanza que ella aporta es la que puede nacer de un cataclismo después del cual se edificará un orden nuevo sobre las ruinas del antiguo. Los millones de individuos subyugados por fuerzas aplastantes pueden esperar ahora, dado que ellos reconocen el carácter fundamental del conflicto que les enfrenta al orden establecido. Fuera de la revolución mundial, no puede haber salud. Toda tentativa de tratar el problema a escala nacional está condenado de antemano al fracaso, a menos que la unidad política no sea considerada precisamente más que como un instrumento, entre otros, de un gran proyecto que trasciende las naciones y los continentes.

Estos son los ambiciosos proyectos cuya aceptación depende, en último análisis del grado de adhesión psicológica e intelectual a un postulado: el de la industria histórica radical llevada a cabo por una agresiva raza europea. Descansa igualmente sobre el grado de convicción que puedan obtener los chinos de acuerdo con su propia sinceridad y su propia objetividad.

V I I I

Conclusiones

19. El resultado de este bosquejo de diversas hipótesis de evolución del Mundo - africano, que ninguna de las partes interesadas considera más que a lo largo de los próximos decenios, es que África habrá desarrollado fuerzas de resistencia y de reacción autónomas lo suficientemente vigorosas como para hacer frente victoriosamente a las renovadas tentativas de utilización de sus hombres, de sus recursos y de su espacio para unas confrontaciones que no serán las suyas. Apenas liberada de la hipótesis europea, África no parece beneficiarse más que de una breve pausa durante la cual puede, si se ve obligada a ello, preparar sus defensas y garantizar su independencia. Necesita evitar convertirse en futuro campo de batalla, entre otros, del conflicto que enfrenta a las superpotencias.

En tales circunstancias, la clave de la supervivencia no se encuentra en la riqueza de medios industriales o económicos, sino en el espíritu de unidad nacional y de patriotismo. Todo aquello que contribuya a reforzar este espíritu en las nuevas naciones africanas sin destruir el ideal de la unidad continental, repre

sentará una contribución directa a la paz del continente. Todo aquello que, por el contrario, acentúe las divisiones latentes de carácter social, étnico o religioso, precipitará a Africa en la servidumbre.

20. La misión de las generaciones jóvenes. Ya ha sido subrayado que la tarea más acuciante para los gobernantes africanos en el poder consiste en dar el lugar que les corresponde a los jóvenes técnicos e intelectuales. Si éstos no son llamados a transformar su propio país escogerán entre los empleos bien remunerados que les ofrece el mundo occidental o bien el oscuro sacrificio en las escalas de los militantes de la revolución mundial (o bien los dos a la vez). No se trata pues de analizar las declaraciones oficiales de los dirigentes sino de estudiar la realidad de la situación. La "hemorragia de los cerebros" en Africa, si se acentúa y se prolonga, será el toque de difuntos del Africa independiente.

21. Sobre el crecimiento demográfico. La población de los países de Africa crece rápidamente. Las tendencias de la tecnología moderna, aunque aplicadas al desarrollo de los recursos naturales situados fuera de la zona de prosperidad occidental y soviética, no es necesariamente creadora de empleos ni tampoco de rentas a la escala de las necesidades locales. Es decir, que los cambios internacionales y el contagio del desarrollo moderno, lejos de absorber una población laboriosa creciente, tiene tendencia a arrojar en el rango de los desocupados estructurales y de los inadaptados tecnológicos, a un número crecido de seres humanos.

Mucho más que las declaraciones de los dirigentes, furiosos con una situación que no quieren comprender, sería el estudio realista de las estaciones reales del empleo el que nos daría la clave de una evolución revolucionaria potencial.

22. Sobre las relaciones sociales y religiosas. No existen prácticamente grupos humanos, por desheredados y aislados que estén, que no tengan conciencia de la desigualdad y de la injusticia económica de que son víctimas. La radio llega hasta los pueblos más recónditos y enseña que existe un orden mundial en relación con el cual pueden juzgarse las situaciones locales. Si resulta que el grupo humano al que pertenecen las víctimas de estas injusticias, considera como un primer obstáculo al clan o la tribu que lo domina, el primer acto revolucionario consistirá en la rebelión violenta contra este grupo. El fanatismo religioso puede ayudar como elemento secundario pero no esencial.

23. Respecto a las relaciones entre las ciudades y el campo. Conviene no olvidar que el subproletariado urbano que vive en las chabolas del suburbio, representa lo más a menudo, no la escoria de un sistema social basado en la industria y los servicios de una comunidad urbanizada y estabilizada, sino las avanzadillas de un mundo

rural super-poblado, sub-empleado y sub-alimentado. Los comandos del proletariado rural se encuentran en las ciudades más que en los campos. El centro iluminado de los inmuebles modernos, proyección de un mundo occidental, envidiado, representa el objetivo evidente y siempre presente de las guerrillas silenciosamente agazapadas en sus oscuras habitaciones. Para esta situación inestable, una sola respuesta: considerar que el sub-empleo rural y el sub-proletariado urbano no representen tan más que dos manifestaciones del mismo fenómeno, la incapacidad en que parece encontrarse una sociedad universal, predominantemente occidental, para asegurar una responsabilidad absoluta bajo el punto de vista de todos los seres humanos que se encuentran en su órbita económica. Ella debe garantizarles el derecho al trabajo y la dignidad, por su propia salvación.

24. Sobre las relaciones interafricanas. Si es cierto que estos problemas sociales trascienden largamente las fronteras políticas actuales, es igualmente cierto que la convergencia de esfuerzos de las naciones africanas puede crear un vasto movimiento de solidaridad y de participación que se impondrá a todos, comprendidas las superpotencias. Los dirigentes europeos tienen respecto a esto una responsabilidad particular. Francia, Gran Bretaña, Bélgica -que en conjunto quieren reconocer el carácter potencialmente revolucionario de la situación africana- persisten más o menos conscientemente en proyectar sobre el continente sus diferencias políticas y económicas. La incompreensión entre los de habla inglesa y los de habla francesa corre más el riesgo de acentuarse que de disminuir. Frente al naufragio que amenaza con hundir al Africa de influencia europea en el anonimato afro-asiático, en el sistema de compartimientos estancos más que una navegación brillante, permanece como norma. Ciertamente, los países africanos, salvo raras excepciones (como la de Ghana), hacen ostentación de un espíritu positivo y prudente. Intentan reagruparse alrededor de los grandes recursos naturales, tales como los grandes ríos, y los medios de comunicación. Los esfuerzos son numerosos y a menudo tienen éxito lo que tiende a reforzar la solidaridad natural de las naciones africanas. El valor psicológico de estas tentativas de integración es grande, pero no está a la altura de las circunstancias.

25. Si se acepta como hipótesis de trabajo que el continente africano no puede quedar al margen de los grandes enfrentamientos entre las superpotencias (en las cuales Europa corre el riesgo de desempeñar un papel episódico y relativamente subalterno, como consecuencia de su profunda desunión) importa analizar brevemente las zonas de acción y de conflicto más probables, habida cuenta de las hendiduras económicas, raciales y religiosas que dividen Africa en 1965.

1. Tanzania, Burundi, el Congo Leopoldville, el Congo Brazzaville y el Gabón. La distancia económica que separa las zonas urbanas e industriales actualmente orientadas por y hacia Europa del resto de la po-

blación, representa la zona de fractura más vulnerable entre el norte y el sur del Africa negra. Una explotación inteligente y persistente del subdesarrollo económico y de la desunión de las potencias occidentales interesadas, representa una política tentadora y probable para una superpotencia como China si continúa con el objetivo que es probable de volver a discutir la cuestión de equilibrio intercontinental.

2. Al sur de esta zona, la Unión Sud-Africana y sus aliados naturales se encontrarán progresivamente aislados. El objetivo lógico de todo neoimperialismo está representado en esta parte del mundo por el acceso a los vastos recursos minerales (oro, diamantes, uranio) controlados actualmente por la minoría europea que domina el Africa del Sur.
3. Al norte de esta línea, la 3ª zona de fractura se sitúa a la altura de la línea de contacto entre los países francamente islámicos y las regiones intermedias: Sudán del Norte, Sudán del Sur, Tchad del Norte, Tchad del Sur, Nigeria del Norte, Nigeria del Sur. Se trata allí más bien de neutralizar y de hacer inefectiva toda tentativa de consolidación del Africa al Norte del Ecuador que podría compensar las inevitables desorganizaciones al Sur.
4. El Moghreb y Egipto están demasiado cerca de la zona de acción europea para permitir una intervención directa. Por otra parte no es sólo con la resistencia de la Europa Occidental o de los Estados Unidos con la que China tropezaría, sino también con la de Rusia.
5. En resumen, el potencial revolucionario de la situación africana es evidente. Las poblaciones negras de Africa, al Sur del Sahara, no están en condiciones de resistir por sí mismas a las intervenciones deliberadas de carácter neo-imperialista. Las masas, en su mayoría, permanecerán pasivas, pero las minorías corren el gran riesgo de ponerse al servicio directo o indirecto de las nuevas superpotencias. La incapacidad de la política americana para proponer alternativas económicas y sociales satisfactorias sostenidas por un programa de ayuda de dimensiones siquiera comparables al aplicado al continente indio, la continua división de las potencias europeas, todos estos factores concurren a dejar a Africa a merced de una política que tenga la suficiente convicción, medios y continuidad. Toda la cuestión está en saber si la China de la segunda mitad del siglo XX hará prueba de un dinamismo comparable al de la Europa Occidental de la segunda mitad del siglo XIX, para aprovecharse de la evidente debilidad africana.